

La serie del significante

Podemos reconocer a la razón psicoanalítica en el objeto «a» por ser el garante que gobierna el intervalo significativo, condición de la vigencia del sujeto barrado del inconsciente. La representación del sujeto, esto es: su ser-en-el-mundo, está siempre supeditada no sólo a la subsistencia del lenguaje, sino más radicalmente a ese más allá del signo lingüístico que es la serie significativa. Y la serie significativa requiere del intervalo, de lo contrario no es operativa como serie de metonimización permanente del deseo. Lo cual deja planteado, como lo entiende Lacan, que puede representarse una serie significativa, –que en rigor no sería tal– en la que por faltar ese intervalo debe considerarse una «serie holofrásica», esto es una serie en la que la primera pareja de significantes se *holofrasea*. Como sucede en la holofrase, cualquier significante es equivalente a otro en relación al significado. En la frase «Está lloviendo a cántaros», se solidifica el valor de las palabras y cada una vale por su pertenencia al conjunto.

Este intervalo significativo, sobre el que habría mucho que decir y preguntar, debe entenderse, según la cuestión que abordamos, como el espacio que aloja al sujeto del inconsciente, ese sujeto acéfalo y barrado. Se requiere por lo tanto que los significantes permanezcan fieles a su precaria identidad: ser lo que el otro significante no es, y que al mismo tiempo se equiparen en el hecho, consecuente al que venimos de enunciar sobre su identidad, en que ningún significante se representa a sí mismo, siempre requiere de otro que no es él para ser «ese» significante. Estas dos condiciones inherentes del intervalo significativo son garantía de la capacidad afanisizante de la serie significativa. En la anotación S2 de la primera pareja significativa, S1-S2, Lacan reconoce al significante afanístico, y por extensión, S2 pasa a designar el resto de la serie significativa. Pero este intervalo ofrece una doble indicación: marca tanto la separación que establece la no equivalencia entre los significantes, así como su incapacidad para representarse a sí mismos, y es sobre todo con este no poder representarse a sí mismos con lo que los significantes hacen serie, porque es por no poder representarse a sí mismos por lo que el sujeto está barrado en su relación con el deseo materno que se viene a inscribir como ausente en cada uno de los significantes. Si el significante representa por sí mismo al sujeto, el sujeto deviene un significado oscuro, un objeto «a». Tanto el deseo materno como el sujeto tachado se vienen a alojar en este espacio intersignificante, resguardado por la vigencia de la incapacidad del significante de representarse a sí mismo.

Pero hay un garante de ese intervalo que Lacan cifra en el objeto «a». Desde luego de esto se desprende que no es lo mismo hablar del sujeto del lenguaje que hablar del sujeto del discurso. En el lenguaje, donde nos movemos sobre la base de que los signos lingüísticos enlazan cada significante a un sentido determinado, provisoriamente estable, el intervalo significante es inapreciable. Sin embargo opera y se hace guardián de la representación ampliada del sujeto y su mundo. Es decir de su significación, si se admite aquí la diferencia entre el sentido y la significación. Es sólo cuando interpelamos a la significación cuando se abre la red significante. Esa dimensión puede tener o no una inscripción inconsciente. Cuando la tiene se instaura la red significante inconsciente, y el sujeto barrado será su efecto, eso que *ex-siste* al discurso. Esta diferencia entre lenguaje y discurso y su relación con el significante, es lo que ha llevado a Lacan a reconocer una serie clínica –*serie holofrásica*– en la que, por ejemplo, la psicosis permite afirmar la presencia de un sujeto del lenguaje, pero es imposible sin embargo sostener la «*ex-sistencia*» de un sujeto del discurso, del sujeto tachado en el inconsciente. Si se indaga por la representación de sí mismo que se hace el psicótico, se puede percibir palmariamente lo que acabamos de decir. Sea esa representación más o menos delirante, poco importa, en definitiva, la representación que se haga de sí mismo el psicótico, por más ajustada que pueda estar con su realidad, siempre será una representación insuficiente. ¿Insuficiente? Veamos en qué: insuficiente para designarlo en su carencia de ser. Es de no poder estar representando inconscientemente como carente para otro significante de lo que sufre un psicótico. Por ello debemos entender que la verdadera representación del ser-en-el-mundo para el psicoanálisis requiere que esa representación sea forjada en el ejercicio de sostenerse entre los significantes, y que deje como resultado de esa asociación significante al sujeto barrado como efecto. Es decir, barrado por no poder representarse en ninguno de ellos, requiriéndose siempre a otro significante para poder ser representado. Obviamente aquí la representación no tiene el alcance de la imagen especular, ni la de una representación de la identidad, aunque no deje de guardar relación con esto último. Más bien habría que entender que se trata del mantenimiento de la relatividad de esa representación y su posible movilidad significante. Saldemos de este modo entonces la cuestión de la psicosis, diciendo que aquí los significantes se asocian, qué duda cabe, pero en calidad de significantes *amos*, de S1, imposibilitando que de ellos surja un sujeto barrado, es decir tachado, y alcanzado por la «*afánesis*», por lo tanto. No le faltará una representación de sí mismo pero le faltará la falta, y en la representación de sí mismo no habrá lugar para la inconsistencia del ser, íntimamente ligada a la efectuación del sujeto en la serie de los significantes.

La diferencia que los significantes guardan entre sí y que es función de su intervalo, encuentra la carencia de un significante que la represente, y es a esa falta del significante a lo que se le asignará la función del falo simbólico. Pero no es el falo simbólico el garante de la diferencia significativa, es sólo un operador simbólico de esa diferencia, y la razón que invocamos más arriba y que localizamos en el objeto «a», es el verdadero garante del intervalo significativo. Que el sujeto nace allí en el intervalo significativo, lo evidencia la conocida remitencia por parte de Lacan al juego del «¿por qué?», en donde el niño, obtenida la respuesta de una pregunta que acaba de formular, vuelve a la carga y pregunta una vez más y otra más y otra, etc., ¿por qué? Como lo recuerda Le Gaufey, el niño descubre que cada significante esconde a otro y la reiteración de la pregunta es la experimentación de esta verdad. Cuando la serie significativa se halla constituida y funciona como infinita, el sujeto no puede escapar a la necesidad de nombrarla, es decir a la necesidad de disponer de un significante que pueda representar al sujeto para todos los otros significantes de la serie. El sujeto quisiera ese significante que nunca llega –razón por la cual él se imagina su existencia–, para poder ser representado frente al conjunto. No hay que confundir a este significante, advierte Le Gaufey, que viene a ocupar el lugar del significante buscado para representar al sujeto frente al conjunto de los significantes y que conocemos como falo simbólico, con el significante que pueda representar al sujeto para uno cualquiera y que se llama Ideal del Yo. Con este último el deseo es articulado, en cambio con el primero es suprimido.

La serie significativa supone un tipo de concatenación infinita por el hecho de su posibilidad de emparejamiento y ubicamos al sujeto como efecto de esa concatenación. Para no perderse en ella el sujeto cuenta con significantes privilegiados, es decir fácilmente captables en un proceso de designación, que le ofrece un cobijo imaginario imprescindible, desde ese acto real que es la nominación. Su nombre será uno de esos significantes privilegiados. Pero ello no es más que una ilusión y a su vez una expresión de la búsqueda fundamental en la que su ser está embarcado y que es encontrar un significante que lo represente para toda la cadena significativa. Si un significante es lo que representa al sujeto para otro significante, de eso el yo no quiere saber nada, y al mismo tiempo no puede prescindir de ello porque de ese modo su ser en el mundo sucumbiría. Esta imposibilidad de encontrar ese significante no es ni más ni menos que un límite, y como tal límite y tal imposibilidad, nos es dado localizar en ello a lo real. El límite que lo real le impone a lo simbólico. Esta limitación ha sido mentada por Lacan recurriendo a las múltiples consecuencias que acarrea para

la subjetividad: «la no existencia del metalenguaje», «no hay un Otro del Otro», «la relación sexual es imposible». En todas esas afirmaciones vemos la función operatoria determinante que brinda el falo simbólico: ser ese significante que se puede poner en el lugar de la falta del significante, sirviendo allí a un doble cometido: el de funcionar como un signo que, como en el caso del fetiche, encuentra en su capacidad designativa, imaginaria, el recurso de evitar la castración, al designar otra cosa, y el de funcionar como un significante de la castración cuando el sujeto lo convoca para sostenerse en esa desaparición a la que lo condena la serie significativa (11 y 12). Entonces el falo como significante, en su registro simbólico, en su real simbólico, es el significante de la falta, y ejerce esa función sin entrar en la serie significativa, ocupando por su génesis el lugar del significado de cualquier significante, significado resultante de la Metáfora Paterna.

La serie y el objeto

Si el ser hablante encuentra un límite real en la serie significativa al no disponer de un significante que lo represente para toda la serie, hay otro límite real implícito en la serie significativa y sin el cual el significante perdería su razón de ser, que es el objeto «a». Cuando hablamos de la serie significativa y partimos de su mínima expresión: la primera pareja de significantes y localizamos allí la operación de representación del sujeto por un significante S1 para el resto del conjunto de los significantes, designados por S2, tiene lugar la afánesis del sujeto. El efecto afanísico en que se gesta el sujeto del inconsciente es solidario de una transformación real del objeto de la pulsión. Más que transformación se trata de una verdadera producción de un objeto nuevo, y que Lacan designa como objeto «a». Hay que decir entonces que de esta intervalización de la cadena significativa, surge el descentramiento subjetivo, que tan bien puede ilustrar la elipsis de Kepler, respondiendo a dos centros, en este caso representados por el sujeto barrado y el objeto «a», a los que Lacan oportunamente articulará en la fórmula del fantasma $\$ \langle \rangle a$. Si de la serie significativa surge el sujeto como su efecto, solidariamente y simultáneamente surge como su producto el objeto «a», ese objeto que es objeto para el deseo y a su vez objeto de la pulsión. Sin sujeto barrado y sin objeto «a», no es posible en rigor hablar de la serie significativa. Hay distintas maneras de que la serie enmudezca y que tanto el sujeto barrado como su objeto «a» se precipiten momentáneamente o permanentemente en una situación que bien podríamos calificar de agregación significativa. En tanto que objeto para el deseo, el objeto «a»